

076 (8)

El Guayas.

PERIODICO EDITADO POR LA SOCIEDAD FILATELICA DEL GUAYAS.
PUBLICACION MENSUAL.

DIRECTOR,
Francisco J. del Castillo.

ADMINISTRADOR
Francisco Carlos Coello.

Año I }

GUAYAQUIL, MARZO DE 1887.

Num. 1.

"EL GUAYAS."

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES Y AVISOS. SUSCRIPCIONES.

Un año.....	S/	1. 00
Seis meses.....	"	60
Tres meses.....	"	30
Número suelto.....	"	10

AVISOS.

Hasta cien palabras	S/	80
Cada palabra siguiente	0	1
Remitidos, precios convencionales.		

El Guayas.

GUAYAQUIL, MARZO DE 1887.

Tal es el nombre con que la "Sociedad Filatélica del Guayas" ha tenido a bien crear un nuevo escaudador de la verdad, con la mira de que se irradien por todas partes las luces del saber humano.

Bien hubiese aceptado la heterogeneidad en las columnas de su "Escudador Filatélico", pero observando con mejor acuerdo, que a este órgano de publicidad se le dio vida con el objeto de que sólo sirviese al moderado y especial ramo que hoy absorbe la atención de algunas personas sin que ello nos haga prescindir de los deberes que tenemos para con la Patria; jamás cesaremos ante las dificultades que se nos opongan al propósito arriba indicado.

En efecto: "El Guayas" sin serle indiferente la ciencia política, cuyo estudio corresponde más directamente a los Gobiernos como los llamados a dirigir con acierto sus Estados, proporcionándoles paz, orden, justicia y ley en lo interior; seguridad, solidez y dignidad con sus buenas relaciones con los otros países, se contraerá por ahora, a todo lo que se conexione con las demás ciencias, la inspiración y el genio a fin de que elevándonos de una vida vulgar a las perfecciones celestes, digámoslo así, lleguemos al verdadero mundo de encantos y de

Sostendremos los principios salvadores de la sociedad, propiedad, religión y familia, condiciones indispensables para obtener la libertad propiamente dicha y un positivo provecho.

Si Descartes, con su inimitable filosofía, Byron, con su noble sentimiento; Goethe con su profunda poesía y otros muchos que con su elevación y talento, lograron inmortalizar sus respectivas patrias, sirviendo a un tiempo al género humano; nosotros únicamente con la buena voluntad que nos anima, haremos cuanto podamos en beneficio de la nuestra.

Crónica.

FUSILAMIENTO.—El 16 del corriente fué fusilado el soldado Freilan Arriaga, por insubordinación a bordo del buque de guerra nacional "Nieve de Julio".

A las once y tres cuartos a. m. del día indicado, el ajusticiado, acompañado de cinco sacerdotes, la Brigada de Artillería y una multitud de personas de todas las clases sociales de nuestra ciudad se pusieron en marcha desde el cuartel de Artillería a la sabana; el reo estaba, con valor, llevando consigo en la mano derecha un crucifijo y en la izquierda un libro de consolación. La marcha era conmovedora, el reo, durante ella, se desmayó dos veces, siendo a cada instante confortado con vino y agua que pedía para recobrar fuerza. Llegado que fué al puesto donde debía ser ejecutado, la Brigada se formó en cuadro, tras ella toda la multitud que asistía conmovida a semejante espectáculo. Poco después el reo fué colocado en el lugar respectivo, siendo auxiliado hasta últimos momentos por los sacerdotes que lo acompañaban y preparaban su ánimo sin cesar. Poco a poco el día fué entrándose en un silencio profundo.....todas las miradas se dirigían hácia la escota que rodeaba al reo, buscando al ser que dentro de algunos instantes iba a presentarse ante Dios; después de leída la sentencia, y cuando el desgraciado Arriaga quiso hablar a sus compañeros, una descarga le atravesó el pecho y al

instante entregó su alma en mano de la justicia divina a quien corresponde condenar a los hombres, entretanto, nosotros, sin comentario alguno, sólo dedicamos al que fué Freilan Arriaga, paz en su tumba y descanso en la eternidad.

TEATRO.—Sabemos que la Compañía Jéques, actualmente residente en Quito, ha suspendido sus funciones por estar en cuarentena.

Aplaudimo la idea; pues dice el refrán: *Del país que juegas, haz lo que viene*.

TELEORADA.—Buena es la actual, pues todos los Domingos, de poco tiempo a esta parte, tenemos en el salón del Hipódromo funciones acrobáticas en las que se hace notar una niñita de siete años que trabaja perfectamente lo mismo que los demás artistas de la Compañía.

La concurrencia es numerosa, los carros, desde la una del día van llenos de gente, hasta las siete u ocho que acaba de venir el resto de los que después de la función se quedan gozando del aire libre que se respira por allí.

Ojalá que esto sea por algún tiempo, pues así tendremos algo en que se divierta nuestro pueblo siempre que observe el orden que hasta la fecha puede decirse no ha sido interrumpido.

POXEMOS las columnas de este periódico a disposición de nuestros miembros honorarios y de las personas que deseen colaborar en él, pues nos sería muy agradable el ornarlas con artículos de plumas competentes que lo realcen a una altura digna de la obra que emprendemos.

EL DIA 20 DEL ACTUAL, la ciudad de Onenca, presenció un triste espectáculo.

El ciudadano don Luis Várgas Torres, juzgado y condenado a muerte por delitos políticos, fué fusilado en la expresada fecha.

De sentir es que en nuestra culta y religiosa República, venga sucediéndose con demasiada frecuencia el acto que deploramos. Hago apenas muy pocos días que presenciémos en esta ciudad un acto semejante y no pudimos ménos de sentirnos conmovidos a la vista del hombre cuyos instantes están contados que vá a morir sin que Dios

BIBLIOTECA

¿Haya llamado todavía a su ser o. Las impresiones que entonces recibimos, el dolor que experimentamos por la desgracia ajena, no se había borrado todavía, cuando recibimos la infausta noticia del fusilamiento del que fué L. Vargas Torres.

Somos jóvenes, y principiamos ahora la elevada misión del periodismo, faltanos experiencia para juzgar hechos de esta naturaleza y por esto nos limitamos únicamente a narrar los hechos en toda su verdad sin que nos cieguen las pasiones; nos condelemos de la suerte de un desgraciado y deploramos el acontecimiento sin hacer cargos a nadie. Si los gobiernos están en lo justo al imponer la pena capital a los que han delinquido, no sabríamos decir si el hombre que muere defendiendo sus ideas en virtud de sus convicciones a impulsos de su conciencia es un héroe, un mártir o un ser digno de conmiseración y de lástima.

No terminaremos este suelto sin dar a conocer a nuestros lectores algunos pormenores referentes al caso, que un amigo residente en Cuenca nos ha suministrado.

Tres días antes de la ejecución el señor Vargas Torres fué separado de sus compañeros y puesto en capilla. Desde aquel momento fué visitado por muchos sacerdotes que iban a cumplir con la obligación de su ministerio; mas todo fué inútil, Vargas Torres rehusó confesarse y hasta el ltimo Sr. Obispo de Cuenca, que fué a verlo con este objeto, nada pudo obtener.

El día Sábado, 19 del presente, el señor Jorge Concha, hermano del ajusticiado, fué a verlo y a despedirse de él. Largo tiempo permanecieron estrechamente abrazados, lágrimas del más intenso dolor corrían por sus mejillas.....

Renunció a escribir la despedida, que fué de las más tiernas y conmovedoras, el señor Concha recibió de manos de su desgraciado hermano una memoria manuscrita desde que cayó prisionero hasta la víspera de la ejecución; en ella dedica algunos renglones a su infeliz madre dándole valor para que soporte con resignación una prueba tan dura.

El Domingo a las 9 a. m. salió de la prisión y con paso muy sereno avanzó por la plaza y se situó junto un pilar de la Casa Municipal, que era el lugar designado.

Allí se despidió con la mano de sus compañeros de infortunio, que al efecto, y para que presenciaran el acto, se les había acomodado en el cuartel -- No consintió en arrodillarse y permaneció de pié en medio del silencio de los espectadores; su rostro estaba sereno apesar de que el fantasma aterrador de la muerte se veía sobre su cabeza.

Hubo un momento de angustiosa ansiedad; todas las miradas se fijaban en el hombre que, dentro de algunos instantes, iba a contemplar la faz del Creador.

bolsillo, y acentuándose a la escota que debía quitarle la vida: YA, les dijo.

Tres soldados descargaron sus rifles en el pecho del reo: éste cayó en tierra.

No fué suficiente esta primera descarga para dejar sin vida a Vargas Torres, en ese momento luchaba con las angustias de la agonía. Dos soldados se adelantaron y descargaron por segunda vez sus armas en la cabeza del ajusticiado.....

Vargas Torres fué cadáver.

DESPUES de una larga y penosa enfermedad, ha fallecido, el 24 del presente, la muy distinguida señora Ubalдина Pazmiño v. de Segarra.

Enviamos a sus apreciables deudos los votos de nuestra sincera condolencia.

EL LÚNES, 28 del presente, ha sido nombrado Gerente de la Empresa de Carros Urbanos el señor doctor don Agustín L. Yerovi por renuncia del señor C. Stagg. También desde esta fecha han colocado señoritas en uno de los carros del Malecón y precisamente en la línea que conduce a los baños del Salado; y si veremos que poco a poco irán colocándose en todas las vías, llegando con el tiempo a ser este destino únicamente de señoritas.

Felicítamos a la Empresa por la plausible idea de proteger al bello sexo y nosotros por nuestra parte le auguramos desde ahora un magnífico éxito, pues ellas, no lo dudamos, llevarán a las otras líneas el contento y animación que reina en las del Hipódromo. La concurrencia será numerosa porque:

¿Quién de aquella ley potente La fuerza armoniosa evita? ¡No va el beato a la beatita A pesar de su detente.

COMITÉ "SAN VICENTE".—El Directorio de este Comité, ha postergado la velada literaria que debía tener lugar el 5 de Abril, para el primero de Mayo, por caer este aniversario en Semana Santa, siendo esta última fecha también adecuada a causa de ser el cumple años del lustre ciudadano don Vicente Rocafuerte.

Variedades.

EL FACULTATIVO Y UN COLÉRICO.

Colérico.—Yo soy don Álvaro, Plácido Céspedes que vengo con síntomas morbilícos, y rogóme me haga el diagnóstico.

Doctor.—¿Hospital está usted pálido y tiene los ojos hundidos en sus órbitas, manchas azuladas recubren su faz; esto es grave, gravísimo y temo muchísimo una triste catástrofe.

Colérico.—Mi régimen orgánico alterése de súbito con grandes agudas dolencias, e paso mis horas

sintomas de incógnito mal. A cortos intervalos viénnome nauseas mortíferas seguidos de espesos y fétidos vómitos, y un dolor estupendo, terrible, agudísimo que..... ya parece revienta mi esófago; los nervios se crispan, las tripas se encogen, los dientes rechinan, la masa encefálica me baila en el cráneo; me vienen las nauseas y luego los vómitos y luego el desmayo y luego el dolor en la espina dorsal.

Doctor.—¡Santa Agueda! esos son síntomas legítimos de cólera morbus asiático, y el cólera es un *microbium imperceptibilem microscopicum* que bulle en la atmósfera en cantidades ingentes. Ud. está cargado hasta el tuétano de esos malélicos títeres y no quiero respirar su hálito fétido; me es imposible curarlo.

Colérico.—¡Voto a la espula! y los médicos ¿de qué sirven entonces?

Doctor.—Ego sum médico, pero no quiero morir de cólera, temo el contagio, y no me aproximo o un colérico aunque me paguen cien águilas; téngole íntimo apego a la vida y me espanta el sarcófago.

Colérico.—Agradezca en el ánima mi estado morbilíco que no le hago conocer la potencia de mis muserlos.

Doctor.—Mientras tanto mi estancia se carga de misinas pestíferos; ya vislumbro oscilando en la atmósfera manadas espesas de horribles microbios que salen por miles, don Álvaro, en su hálito, lárguese, amigo, o yo muero convulso de miedo.

Colérico.—Ya me voy, porque es mucha la cólera que siento al mirar un cobarde espectáculo.

Doctor.—Que vengan veloces mis fieles domésticos y todos a un tiempo ventilen, purifiquen, desinfecten este asilo invadido del cólera, espante por la ventana ese ejército atroz de microbios, quemem por todas partes paquetes de pólvora, y a mi tráiganme pronto, volando un vaso repleto de brandy, que fortifique mi espíritu y me salve de un síncope o algun patatús.

Morbo.

—: 0 :—

No hay mejor amigo que un peso en el bolsillo.

(Artículo escrito in illo tempore y dedicado hoy a mi amigo J. C.)

Dice un refrán vulgar: "No hay mejor amigo que un peso en el bolsillo", y a fé que dice bien.

Sed pobres y buscad amigos... de seguro que todos os volverán las caras. Tened pesetas, sed rico, y

Donde quiera que os vean os saludarán quitándose el sombrero y haciéndoos una profunda veneración.

Si os encuentran de manos a boca, os estrecharán la mano con efusión, y de sus labios saldrán en tropel multitud de frases a cual más lisonjeras, para demostraros el inmenso placer que sienten al veros; la profunda pena que les ha causado vuestra desgracia, o lo mucho que se felicitan por que os haya caído, digamos, la lotería de la Habana.

Estas y otras cositas por el estilo, os dirán los amigos a porfía; y para decirlos, sinó tropiezan con vos en la calle, irán a buscaros a domicilio; porque ¿cómo no ver a fulanita, si es tan buen amigo? ¿cómo no correr a darle el pésame por su desgracia? ¿cómo no felicitarle por su buena estrella? Oh! el amigo es el ser más afectuoso de la tierra, ninguno podría competir con él en la delicadeza, ternura y viveza del sentimiento; ninguno os sabría dar a entender mejor cuanto encierra de sublime; cuanto hay de goce puro e inefable en practicar el mandamiento que nos ordena «amar al prójimo.»

Pero, por supuesto que este prójimo no es el que la doctrina manda amar; el prójimo desvalido; el que ha menester de una caritativa mano que lo socorra, y que no teniendo más que un corazón agrandecido y sensible, no puede corresponderos de otro modo que dando la humilde pero bendita ofrenda de sus lágrimas; sus oraciones a Dios por vuestra recompensa; su vida por la vuestra, si preciso fuere.—No; eso sería bien poca cosa; serían títulos demasiado vanos para merecer el cariño del amigo de quien vamos a tratar.

El cariño de un amigo como éste que podemos llamar *del siglo*, es algo que no se compra con moneda de esa especie. ¡Acciones, resentimientos y palabras! ¡Generosidad, gratitud, abnegación! ¡Qué tontería! ¿Con eso y nada más, queréis tener un amigo?..... Vamos, en poco le estimáis y así se ve que sois muy miopie en esto de juzgar y dar su legítimo precio a los hombres y a las cosas de nuestros días.

Una fortunita..... así..... lo bastante para que os llamen persona acomodada; que os permita tener una casa bien situada, montada, sin no con lujo, a lo ménos, con ese buen gusto y con *comfort* que suelen caracterizar a una persona decente y de buen tono, una mesa servida de modo que deje poco o nada que desear en punto a viandas y licores que, aparte de los servicios ordinarios del almuerzo y la comida, ofrezca también los *extra del lunch* y del *supper*; buena servidumbre, coches, caballos, abonos en el teatro, *soires*, relaciones con la gente de más viso; crédito con los principales comerciantes y los bolsillos siempre provistos de pesetas, con las cualida-

des óxi o cumplido en el cultivo de esa ingrata cuanta delicada planta cuyos frutos son tan necesarios a la vida del espíritu.

Con tan buenos elementos abonaréis de seguro el terreno, y puesta la semilla no tendréis más que cosechar. Principiarán por ir a veros con toda la tirantez de la más rígida etiqueta; despues, y a medida que vayan ganando en familiaridad, frecuentarán vuestro salón a todas horas; vuestro piano sonará con estrépito; las múltiples y variadas sensaciones que vuestro afable y generoso trato haga nacer en el corazón de vuestros amigos, se reproducirán en alegres y bulliciosos acordes; y el continuo detonar del champagne y demás licores que podáis ofrecerles, darán al observador indiferente la medida del entusiasmo con que saben corresponder a vuestro afán de complacerles. Todo esto, unido a uno que otro discursillo en que os elevarán hasta las nubes y harán de vos un panegírico en que nada os quede por desear para llenar los más altos destinos que dado sea llenar a alma encarnada bajo humana forma.

Más tarde..... más tarde los invitaréis por supuesto a comer, y allí será de ver cómo os hacen los honores. Vuesta a mesa, será sin duda, la primera del lugar. ¡Quién como vos para tratarse! ¡Dónde encontrar viandas más ricas y variadas! ¡Qué cocinero de mejor gusto! ¡Qué licores más exquisitos! ¡Qué afluencia, en fin, como vos, en el mundo!..... Hasta habría impertinente que os llamase, creyendo lisonjearos, un Heliogábalo, un Vitelio o cosa parecida.

Luego será preciso concurrir al teatro; mas; ¿cómo abandonar a vuestros amigos? Ellos irán también; y como tenéis palco, forzoso es que os den la preferencia.

Visitáis a fulanita, la más bella, la más interesante, el foco, el centro de todas las miradas; de todas las aspiraciones..... Vuestros amigos se despepitaban por conocerla, y vos tendréis que presentarlos; y allí como en todas partes os quemarán el incienso de su reconocimiento, tributándoos las más cumplidas y galantes frases. Y esto gustará mucho a fulanita, que formará de vos muy buena opinión y que talvez llegue a interesarse por vos más de lo que esperábais.

Y vamos, decid: ¿todo esto no halagará vuestras vanidad? ¿No os hará creer interiormente digno de los favores que os dispensen? ¿No llegaréis a persuadiros de que no es mera lisonja sino justicia la que os hacen? Lo que acaso por un momento supondrías que no era más que rebuanda hipocresía; falsa adulación encaminada sólo a especular con vuestra débil generosidad, no os parecerá otra de la más cándida buena fe y la más pura expresión de gratitud hacia vuestras reitera

Pero sigamos: el coche! ¡el coche! ¡Oh! Esto es de tan buen tono! ¡Pensáis que vuestros amigos lo echarán en saco roto! ¡Bah! Los tendréis hasta en la trasera y el pescante.

Y luego, el crédito. ¡Oh! Esto es lo más interesante. ¿De qué os servirá tener la reputación de hombre rico y de garantía entre vuestros amigos los comerciantes si no habíais de hacer uso de la confianza que les inspiráis? Es preciso utilizarlo todo. Fulanita os manifestará que tiene necesidad de algunos reales y que reclama vuestro apoyo para conseguirlos. Una firmilla al pié de cuatro líneas lo hará todo; y vos, por tan poca cosa no habéis de disgustar a vuestro amigo! Y ¡qué más!.....

¡Ah! ¡Qué más!..... ¡Hé ahí cómo se explota el más rico, el más noble de los sentimientos! Como se profana y aja esa preciosa y sagrada flor, cuyo delicado aroma delicia apenas aspirarse y esa leve aspiración basta para embriagar los sentidos y derramar en el corazón a torrentes delicias y placer. Hé aquí cómo ese dión, la más preciosa de las joyas con que Dios engalanara nuestro espíritu, se convierte en el vil objeto de la especulación de los que no poseyéndolo, no son tampoco capaces de comprenderlo y estimarlo. Y el primer agente de tan indigno tráfico sois vos..... Vos, cuya vanidad os arrastra a ser mañana el ludibrio de los mismos que hoy con sus homenajes, llenan de satisfacción y orgullo. Sí, mañana puede que, perdiendo las ventajas de vuestra posición os veáis aislado, sin que de esos vuestros titulados amigos de ayer, recibais siquiera una mirada de compasión. Entónces aprenderéis a distinguir los buenos de los falsos amigos; entónces veréis que estos últimos son los que os buscan para serviros de vos en toda ocasión, los que os mienten una simpatía que no tienen y una inclinación sin más objeto que el de haceros víctima de sus pérdidas e interesadas maquinaciones.

El amigo verdadero, lejos de especular así con el apego que lleguéis a tenerle, os pagará con creces en cariño y devoción; su afecto será puro y desinteresado; os hará espontáneamente todo el bien que pueda, y la lisonja no moverá jamás sus labios. Su lenguaje será al contrario, el de la fina razón; no halagará vuestra vanidad; pero os marcará siempre el sendero del deber y con sus consejos y buenas intenciones, ni menoscabará vuestra fortuna, ni os hará perder nada de vuestra opinión. Este es, pues, el amigo de quien debéis siempre acompañaros si no queréis repetir con el autor del refrán: «No hay mejor amigo que un peso en el bolsillo».

Inserciones

LOS AFICIONADOS.

(Por don José María Sogovia.)

Son los aficionados hombres precitos *ab initio* y enviados plenipotenciarios de Satanás para echarlo a perder todo en este mundo miserable. Estos son, si señores, estos son los *aficionados*, que nada hacen por principios ni rectamente y de todo priugan, y todo lo estropean, y todo lo profanan: estos son los que yo quiero recomendar a la pluma satírica del señor *Curioso*, para que así a su modo y con aquella agri-dulce gracia que Dios le dió, me los saque en su panorama matritense a la pública vergüenza.

Y porque vea él, y vean ustedes y vea todo el mundo que no sin razón me exalto, seguiré mi historia de lo ocurrido ayer.

Sali, como digo, de mi casa para la de un don Trifon Acebo de la Sierra, a quien desde Jaen me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta el mismo, y me encontré con un hombre de cuarenta años, despeluzado y sucio: vestía sobre una camisa ro muy blanca una levitilla de cubica no muy negra, pant lon naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y nó muy artísticos pliegues el lugar que debieran ocupar las medias, y dejando ver unos pantallos que empezaron a despellejarse el mismo día en que murió por primera vez el señor don Fernando VII—Anuncié mi embajada y de parte de quien venia, lo cual oido por don Trifon, con entuambas manos agarró la derecha mía, y sobándomela y estrujándomela, me hizo saltar las lágrimas, porque las tales manos más parecían forradas en lija que de cutis o piel humana. Con este agasajo me llevó a las piernas de adentro, diciendo que quería tratarme con franqueza: yo me dejé guiar, y fuimos por una escalera camino de una buhardilla. Su biamos un escalon y subió un grado de Reaumur la temperatura; así llegamos a los veinte y dos escalones, entre tanto que él me iba preparando para entrar en su taller, «porque ha de saber usted [añadió] que el haberme ballado así en este traje, y todo lleno de virutas, serrin y manojas de cola, es porque soy un tanto aficionado a t abajar de ebanista.» ¡Africanado! dijo para mí, ¡Dios nos asista! Llegamos al estrechado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo buena alaja un cajon viejo de algarroba, me convuló a que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con toda holgura y comodidad o hiciese cuenta que estaba en mi propia casa: ilusión imposible para quien usa sentarse en blando y

mi asunto y despachar; pero don Trifon me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos: «Vea usted, mi amigo, (me decía) aquí estas empleado ahora en hacer estas frioleras, y me enseñó un gran cajon de pino blanco, sin tapa, destinado a poner la provision de salvado para las gallinas una percha y un mango de martillo. «No esto solo, añadió; aquí tiene usted una jaula que por dejarla acada el Juéves ac fui a la oficina, y es para el canario de mi mujer. ¿Qué le parece a usted?—Perfectamente, dije yo; y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como también el sutil ingenio con que ha ocultado usted la parte mala por donde haya de entrar el pájaro de la señora.—¿Qué dice usted? esclamé, y acompañando este grito con una interjeccion muy de ebanista: «Soy un berrico, añadió, que no me he acordado de ponerle puerta a la maldita jaula.—Con todo eso, le dije yo, el mérito de la obra queda en su punto sin que baste a menoscabarla un olvido tan natural como lo fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de correos.

Dióle consuelo la comparacion y luego siguió enseñándome una mesa de caoba a la cual hab a puesto un pié de nogal pintado, un comedero de palomas en que habia transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan extraño conservatorio, pregunté dónde y cómo habia aprendido el oficio.—No lo he aprendido, contestó; si es todo de pura aficion.—¿Y cuales maderas prefiere usted entre las que produce España por sus calidades?—De eso no estoy enterado, dijo, porque no me he dedicado a la farmacia.—Y de los tornos modernos ¿cuál es el que usted usa?—El del tornero de la e quina, replicó, que es a quien le mando hacer lo que en este ramo le me ofrece.—¿Y no le fatiga a usted tanto trabajo corporal?—Yo le diré a usted, reposo; lo que es aserrar y cosa de azuela, mazo y escoplo se lo dejo a un oficial que traigo aquí algunas semanas, que es el que me cepilla las tablas: el que me hace las ensambladuras y tal cual otra cosilla, porque me escarmenté el año pasado de haberme herido este dedo, y del que tuvieron que hacerme la amputacion; pero lo que es manejar las barrenas, poner cola, clavar los clavos, etc., todo esto lo hago yo solo y de aficion.» Aquí suspendí mis preguntas escandalizado, y empujando a mi buen don Trifon en que habíamos del objeto de la visita, le dejé a los pocos minutos, con ánimo resuelto de no poner otra vez los piés en su taller.

Meditando por la calle sobre el tal *aficionado* no reparé en un conocido que se me puso delante, hasta que enlazándose el brazo con aire sifical o: Ven, Estudiante, me

que soy aficionado a la pintura. — ¡Cero y van dos! [murmuré entre dientes], y me dejé arrastrar por el nuevo touti-loco.

—¡Ochocientos reales en una prenderia del Rastro! exclamaba quitando el polvo a un lienzo todo roído de ratones; mira, mira qué alhaja! Un retrato de Carlos IV original de don Juan de Juanes.— ¡Qué estás diciendo, hombre? interrumpí; ¿no ves que es un horriposo anacronismo? Si Juan de Juanes murió mucho ántes que naciese S. M.—Ahora me haces caer en ello, contestó el imperturbable, pero será de algun discípulo suyo, porque a tiro de cañon se veía de ver que es de escuela flamenca.— Ya escampa, dije para mí capote, este menguado no tiene cura.—En seguida descubrió su caballete, preguntando si para ser de mano de aficionado habia visto cosa mejor que aquella vista de la Suiza.—Del arte no entiendo, pero sí creo que no hace muy buen papel el mar en un pais de Suiza.—Es para mayor adorno, contestó.—Y aquellas cabras, añadió, ¿no son un poco grandes en comparacion de los árboles inmediatos?—No son cabras, dije, es una vacada.— En oyendo esto saqué mi reloj, y sin mirar siquiera la hora que apuntaba, dije que era tardísimo para mis quehaceres. Despedime; de un salto me puse en la calle, y de otros dos en casa de la Marquesita de... en fin, de una Marquesita.

¡Y luego extrañarán ustedes mis lamentos! ¿Quién me guerra creer que allí tambien me esperaban, no uno sino ocho o diez [¡Dios los confunda!] *aficionados*? Estos lo eran a la música, y tenían cercado el piano y todo inundado de papeles, libretos, cuadernos, cajas, cuerdas e instrumentos. La Marquesita me instó a que me sentase, y no bien lo habia hecho cuando el que estaba en el piano rompió en tales y tan estrepitosos preludios, que hizo saltar tres cuerdas y desalinó más de treinta; despues de lo cual dieron principio a cantar un duo de bajos de Mariano Fallero. Las voces eran broncas y destempladas, el estilo pésimo, la vocalizacion oscura, y pronunciaban mal el italiano, ninguno entraba a tiempo, y los dos salian por donde podian, los cuales defectos trataba de enmendar el acompañante haciendo grandes gestos y contorsiones y marcando el compás los pedales con los tacones de las botas. Acabaron con el duo y con nuestra paciencia, y yo me di a deseárselos el trágico fin del veneciano Fallero. Poes no quedó aquí, sino que todavía me esperaron un cuarteto con obligado de flauta, que puso en vergonzosa fuga a todos los ratones del barrio, y unas variaciones de viola que me hicieron recordar los retortijones y calambres con que entra el colera mórbido.